

Volver

Ceferino camina por las vías del tren muerto. Avanza sin apuro, se detiene a saborear la brisa, cerrar los ojos y dejar aflorar el recuerdo de cada perfume- la bosta dulzona y las correrías infantiles, el hedor agrio de la curtiembre y sus primeros trabajos, la carne cruda. La mirada se ensombrece con una imagen enterrada: el pastizal atrás del frigorífico, un chico jugando solo. Ceferino tendría once o doce años, había quedado huérfano y él ya no toleraba las miradas de lástima de los que habían sido sus amigos. Prefería las burlas de los mayores: a ellos los podía fajar sin culpa. Pasaba tardes largas explorando los terrenos baldíos y cantando, y esa tarde jugaba a tirar piedras a unas botellas cuando escuchó el chiflido. Se defendió como pudo, con un palo y a mordiscos, pero eran más. Le dieron con saña. Con el olor a carne cruda vuelve el pitido ensordecedor, la sangre en la boca y la nariz, el pis tibio en los vaqueros. Resopla y sigue caminando.

La estación está desierta. En la plaza seca, el viento levanta polvo, bolsas de plástico y papeles sucios. No reconoce ninguna de las vidrieras de ropa y chucherías de cuero, ni los restaurantes familiares, ni los supermercados que reemplazaron a los almacenes. Se detiene ante los bancos de madera destartados y recuerda ferias, bailes, las kermeses de la parroquia. A Carla la conoció en una kermés: recién mudada al pueblo, era la única cara nueva en la fila para comprar pochoclo. Se sonrieron y se fueron de la kermés a pasear entre los tilos, sin hablar, solitarios juntos. Siguieron encontrándose, con el beneplácito aliviado de los padres de ella y de la abuela de él. Se prometían universos con la mirada fogosa. Tomaban mate o comían algo que hubiera preparado ella. En una ocasión, ella sostuvo sus manos gruesas, callosas y marcadas, esas manos siempre ocultas en los bolsillos por vergüenza, y las llevó hacia sus pechos. En otra ocasión, él la abrazó para cubrirla del viento, y se quedaron una eternidad respirando al compás. Muchas veces cantaban. Nunca se besaron.

Ceferino aprieta los dientes y apura el paso: a pesar del tiempo transcurrido, no quiere pensar en lo que vino después. Para el dolor, los años no son nada. Las toses y las fiebres, salir corriendo del trabajo para llegar al horario de visita, los rumores insidiosos de las viejas sobre la familia que puso en peligro a todos trayendo a su hija enferma, el franco agradecimiento de sus padres en el velorio casi desierto, la soledad redoblada. Un dolor inmenso, un fuego sordo. Muchos años después, cuando ya vivía en la capital, el aroma de los tilos aún lo hacía doblarse y crisparse, como un golpe a traición.

A la capital llegó con unos pocos ahorros y un bolso con ropa de su papá, que le robaron en la pensión la primera noche. Hizo changas, se hartó de los patrones. Conoció amigos nuevos que le enseñaron a robar negocios y casas vacías. La banda sirvió un buen tiempo: recibían un dato, lo trabajaban, repartían la ganancia con el comisario. Cuando pegaban un filón gordo, el comisario invitaba las putas. Cada vez que Ceferino estaba a punto de sentirse contento, o divertido al menos, lo asaltaba el perfume a tilo, y lo vencía.

Ahora no. Ahora el perfume llega en un viento silbador y él avanza con la frente en alto, a trancos largos, dejándose cegar por el sol radiante, y sólo brota una sonrisa nueva. No piensa en los días finales, los excesos, las peleas, el tiroteo policial y el largo, larguísimo encierro que le atrofió el cuerpo y parecía infinito. No repara en la sombra flaca y desgarbada que se acuesta a sus espaldas, irreconocible. Lo único que importa es esa avenida de árboles que ya se ve, esas copas exuberantes salpicadas de amarillo, ese olor empalagoso, esa sombra. El pueblo y él cambiaron terriblemente, pero el árbol predilecto parece extraído directamente de su último recuerdo.

Carla no está. El viento sigue silbando, y se escucha un temblor lento de presencias distantes. Ella también va a volver. Ceferino se sienta a esperarla y, por primera vez en muchos años, abre la boca para cantar.